

XV

Al otro día, viernes, se organizó el viaje á la aldea donde tendría lugar el domingo, el partido de pelota. Estaba situada muy lejos, en una comarca sombría, en el recodo de una profunda garganta, al pie de cumbres muy elevadas. Arrakoa había nacido en ese pueblo, donde pasó los primeros meses de su vida, cuando su padre habitaba allí como jefe de las Aduanas francesas; pero no conservaba recuerdo alguno de la aldea, porque la habían abandonado cuando era aún muy pequeño.

En el cochecillo de los Detcharry iban Paquita, Graciosa y la señora Dargaiñáraz, madre de aquélla, guiando el carruaje con un látigo en la mano. Marcharon en cuanto sonó el *Angelus* del mediodía, con objeto de ir directamente á la aldea metiéndose por los caminos de montaña.

Ramuncho, Arrakoa y Florentino, que tenían que arreglar asuntos del contrabando en San Juan de Luz, dieron una gran vuelta para llegar de noche á Erribiague, por la vía férrea que

une á Bayona con Burgueta. Los tres jóvenes son felices y ningún cuidado les asedia; nunca boinas vascas cobijaron rostros más alegres.

Caía la noche cuando, en el tren que va á Burgueta, se internaron en la tranquila soledad de la región á donde se dirigían. Los vagones iban llenos de gente, toda la muchedumbre regocijada de las tardes primaverales al regreso de alguna fiesta, muchachas tocadas con un pañuelo de seda ceñido al moño y hombres de boina, que cantan y ríen satisfechos, derrochando júbilo y alborozo. Á pesar de la obscuridad, que todo lo va invadiendo, se distinguen aún los setos blancos de los ojiacantos y los bosques, blancos también, de acacias en flor; en los compartimentos penetra el olor, suave y violento á la vez, que viene de los campos. Y sobre esta floración blanca de Abril, que la noche esfuma y borra, el tren que pasa va dejando, á manera de estela de alegría, el estribillo de una antigua canción de Navarra, que comienza una vez y otra el coro juvenil, á plena voz, mezclando su algarabía ruidosa al estrépito de las ruedas y del vapor...

— ¡ Erribiague! — gritan en las puertas, y el nombre hace estremecer á los tres jóvenes. La banda cantante había bajado poco antes del tren, ahora silencioso, dejando á los campeones casi solos. Las montañas, más y más

altas del trayecto habían aumentado la obscuridad de la noche, y ellos estaban casi dormidos.

Un poco aturdidos saltaron á tierra en medio de una obscuridad en la cual ni sus ojos de contrabandistas lograban ver nada. Apenas si se divisaban algunas estrellas brillando allá arriba, en el cielo velado y entenebrecido por las altas cimas enhiestas y disformes.

— ¿Dónde está el pueblo? — preguntaron á un hombre que había venido para recibirles.

— Á un cuarto de legua, por este lado, por la derecha.

En efecto, empezaron á distinguir el trazo gris de un camino que se perdía á poco en lo más denso de las sombras. Y entre el solemne silencio y la húmeda fresca de los valles sumidos en las tinieblas, emprendieron ta iturnos su caminata, decaído el buen humor ante la majestad sombría de los picachos arrogantes y encapotados que vigilan la frontera.

Al fin divisaron el arco de un puente viejo tendido sobre un torrente; después, la aldea dormida, por ninguna claridad anunciada. Una luz brillaba, sin embargo, en la posada, allí cerca, rec inada en el monte, con los pies entre el agua viva y murmuradora.

Se les condujo á las pequeñas habitaciones que les tenían dispuestas, pequeñas pero de buen

aspecto, de aspecto de limpieza, á pesar de su vetustez extremada; eran bajas, como aplastadas por las enormes vigas, y en sus paredes, blanqueadas con cal, veíanse las imágenes de Jesucristo, de la Virgen y de los santos.

Después bajaron á cenar al comedor y se sentaron entre dos ó tres ancianos, que tenían trajes de otra época. Ancha faja y negra blusa, muy corta, con muchos pliegues. Arrakoa, envanecido de su ascendencia, no pudo contenerse y les preguntó si habían conocido á Detcharry, jefe de la Aduana hacía unos dieciocho años.

Uno de los ancianos, mirándole fijamente, adelantando la cabeza, con las manos sobre los ojos á manera de pantalla, le dijo:

— ¡Ah, tú eres hijo suyo; ya me acuerdo! Te pareces mucho á él... ¡Detcharry! ¡Vaya si recuerdo á Detcharry...! ¡Aquí donde me ves, me cogió más de doscientos fardos de mercancías...! Pero eso no importa; ¡ahí va; trae esa mano si eres su hijo!

Y el antiguo contrabandista, que había sido un famoso jefe de cuadrilla, sin rencor alguno, antes con sincera efusión, estrechó la mano de Arrakoa.

El nombre de Detcharry se había conservado en Erribiague, rodeado de cierta aureola gloriosa, por sus ardides, sus emboscadas, sus capturas de contrabando, con que logró reunir

las pequeñas rentas de que ahora gozaban Dolores y sus hijos.

Arrakoa se enorgulleció de la memoria que conservaban de su padre, mientras Ramuncho bajaba la cabeza, sintiéndose, sin padre conocido por su parte, de condición más humilde y obscura.

— ¿Por casualidad estás también en la Aduana, como tu difunto padre? — continuó el anciano con acento de broma.

— ¡No, precisamente... ó mas bien, todo lo contrario...

— ¡Ah, perfectamente, lo comprendo...! Entonces choca otra vez, muchacho. Y esto de que el hijo de Detcharry sea, como nosotros, contrabandista, me desquita con el padre.

Trajeron sidra y bebieron juntos, en tanto que los ancianos contaban una vez más las hazañas y las tretas del tiempo viejo, todas las antiguas historias de las noches de la montaña; hablaban un vascuence algo diferente del de Etchezar, donde se conserva más limpio en la articulación, más incisivo, acaso más puro. Ramuncho y Arrakoa extrañaban aquel acento de la región alta que dulcifica las palabras y las canta; estos narradores de blanca cabellera les parecían extranjeros, cuya conversación sonaba como una serie de estrofas monótonas indefinidamente repetidas, á estilo de las cántigas

antiguas. Y cuando callaban, venían de fuera los ruidos ligeros de la campiña, la sosegada frescura de las tinieblas exteriores. Los grillos cantaban; á los pies de la posada corría y alborotaba el torrente; á lo lejos se oía el gotear del agua á lo largo de las soberbias cimas y de sus flancos tapizados de espesas capas de hojas por donde serpean fuentes vivas... La reducida aldea duerme aplastada y perdida en su concavidad de hoyo profundo; ante este cuadro se tiene la sensación de que la noche aquí es más negra que la de otros parajes y más cuajada de misterios.

— ¡Oh! — prosiguió el antiguo jefe de contrabandistas, — la aduana y el contrabando son, en el fondo, cosa parecida: todo consiste en jugar á ser más listo y más atrevido, ¿no es verdad? Yo voy á deciros mi opinión, y es que un aduanero decidido y sagaz, un aduanero como tu padre, por ejemplo, vale tanto como cualquiera de nosotros.

La posadera vino á advertir que era la hora de apagar la luz, la última luz encendida en la aldea, y los contrabandistas de antaño se retiraron. Ramuncho y Arrakoa subieron á sus habitaciones, se acostaron y se durmieron oyendo el incesante cantar de los grillos y el interminable murmullo de las aguas frescas deslizándose ó cayendo. Y Ramuncho, como en

su casa de Etchezar, percibía vagamente el tintineo de los cencerros colgados al cuello de las vacas, y que éstas, al dormir, agitaban débilmente en el piso de abajo, allá en las cuerdas.

XVI

Ahora abren, en la hermosa mañana de Abril, los cristales de sus estrechas ventanas, practicadas á modo de troneras en el espesor de la muralla ruinosa.

Y la luz se precipita en oleadas que deslumbran sus ojos. La primavera resplandece en los campos. No habían visto nunca como ahora, sobre sus cabezas, cumbres tan altas y tan próximas. Á lo largo de las pendientes frondosas y de las montañas cuajadas de árboles, descende el sol irradiando en el fondo del valle sobre la blancura de la aldea, sobre la cal de las casas vetustas con sus verdes postigos.

Los dos despiertan radiantes de juventud, lleno de alegría en el corazón. La mañana les promete, allá abajo, en el campo, en casa de los primos de la señora Dargaiñáraz, una visita á las dos muchachas que la víspera por la tarde debieron de llegar en coche : Graciosa y Paquita.

Después de una mirada al frontón, donde irán á pelotear un poco por la tarde, se ponen en camino por estrechas sendas, magníficamente

verdes, que se ocultan en lo profundo de los valles, costeano los frescos torrentes. Las digitales en flor se yerguen por todas partes con sus varas rosadas de collando entre el conjunto calado é infinito de los helechos.

La casa de los primos Olagáray es distante según parece, y de vez en cuando tienen que detenerse para preguntar el camino á los pastores, ó bien llaman aquí y allá, á la puerta de alguna casa solitaria de las que suelen encontrarse bajo la verde espesura de las ramas. No habían visto los jóvenes en su vida albergues tan viejos como estos de los vascos, ni otros tan primitivos, amparados á la sombra de gigantescos castaños.

Las hondonadas por donde van se encajonan singularmente las unas en las otras. Muy en alto, sobre los bosques inmensos de encinas y hayas, que parecen suspendidos en el espacio, descuellan las soberbias cimas desnudas, toda una zona abrupta y calva, de un pardo obscuro, irguiéndose en el azul del cielo. Abajo, es la región abrigada y musgosa, verde y profunda, resguardada de los ardores del sol en donde Abril oculta toda su magnificencia fresca y exuberante.

Y ellos también, los dos que ahora recorren estos senderos de digitales y helechos, participan del primaveral esplendor.

Poco á poco, con el contento de verse allí, bajo la influencia del sitio milenario, se encienden fieros en sus almas los instintos primitivos de caza y destrucción. Arrakoa, especialmente, se excita, salta de aquí para allá, rompe y arranca hierbas y flores; se inquieta con todo lo que bulle entre el follaje tan verde, con los lagartos que podría coger y los pájaros que querría aprisionar, con las hermosas truchas que nadan en el agua límpida; salta y salta; querría en aquel instante cañas de pescar, palos, escopetas; á la verdad, se revela un tanto salvaje en la expansión de sus dieciocho años áureos y viriles... Ramuncho se ha apaciguado pronto; apenas ve las primeras ramas rotas, los primeros puñados de flores arrancadas, se recoge en sí mismo, contemplativo y soñador...

Ahora se han detenido en una encrucijada de valles encontrados, en un lugar perdido, de donde no se distingue ninguna habitación humana. Á su alrededor se abren gargantas cavernosas colmadas de encinas centenarias; y allá arriba, por todas partes, un espeso hacinamiento de montañas de color rojizo quemado por el sol. Por ninguna parte vese indicio alguno de los tiempos nuevos; reinan sólo por doquiera el silencio y la paz de las épocas primitivas. Levantando la cabeza y mirando hacia las cum-

bres retostadas, alcanzan á divisar algunos aldeanos que marchan por senderos invisibles, arreando sus borriquillos de contrabandistas, tan pequeños como insectos á esa distancia por donde van los caminantes silenciosos escalando los flancos de la montaña; son los vascos de otros tiempos, que se confunden al mirarlos desde abajo, con la tierra rojiza de donde salieron y en la que volverán á entrar después de vivir, como sus antepasados, sin sospechar las cosas de nuestra época, las cosas de *más allá...*

Ramuncho y Arrakoa se han quitado las boinas para enjugarse la frente; hace tal calor en aquellas gargantas y han corrido y saltado tanto que el sudor baña sus cuerpos. Se está muy bien allí gozando del espectáculo de la Naturaleza; pero anhelan llegar al lado de las rubiecitas que les aguardan. ¿A quién preguntar ahora por el camino si no hay nadie en aquellos contornos?

— *Ave María* — exclamó cerca de ellos, entre la espesura del ramaje, una voz ronca.

Y á la exclamación se siguió una retahíla de palabras en rápido decreciendo. Es una oración en vascuence, exhalada más bien que recitada con jadeante precipitación y que empieza muy alto acabando en un murmullo imperceptible. De la maraña de los helechos surgió un anciano mendigo, terroso, velludo,

gris, encorvado sobre su makila, como un hombre de los bosques.

— Toma — le dijo Arrakoa echando mano al bolsillo. — Pero vas á llevarnos á la casa Olagaray, si quieres ganar nuestra limosna.

— ¡ La casa Olagaray ! — responde el anciano. Vengo de ella, hijos míos y en ella estáis.

En efecto, ¿cómo no habían visto á unos cien pasos, aquel pedazo de muro negro, entre las frondas de los castaños?

En un sitio donde se oye el murmullo de las esclusas bañándose en el torrente, ergúase entre los castaños seculares la casa de Olagaray, grande y antigua. La tierra, roja á su alrededor, la socavan y desnudan las aguas de la montaña; raíces enormes se retuercen allí como monstruosas serpientes grises, y el paraje, todo él dominado por las moles pirenaicas, es rudo y trágico.

Pero dos muchachas están allí sentadas á la sombra y con sus cabelleras rubias y sus lindas marineras color de rosa, parecen hadas hechiceras en medio de la decoración salvaje y vetusta... Y las dos se levantan con gritos de alegría y corren al encuentro de los visitantes.

Habría sido mejor, sin duda, entrar ante todo en la casa para saludar á los mayores; pero juzgan que no se les ha visto llegar y prefieren

sentarse desde luego cada cual al lado de su novia, á la orilla del arroyo, sobre las raíces gigantescas. Y como por casualidad, las dos parejas se las arreglan de manera de no estorbarse mutuamente, quedando oculta la una á la otra por las rocas y las ramas.

Y emprenden una larga conversación : Arrakoa con Paquita, Ramuncho con Graciosa...

¿Qué pueden decirse hablando tanto y tan de prisa?

Aunque el acento de su lengua es menos melodioso que el del país alto, de que los muchachos se sorprendían la víspera, creyérase escuchar estrofas medidas y rimadas, una especie de música infinitamente dulce, en que las voces de los varones se atenúan hasta parecer voces de niños.

¿Qué es lo que pueden decirse para hablar tanto y tan rápidamente, al borde del torrente, en aquella áspera concavidad, bajo el sol abrumador del mediodía...? ¡Dios mío! Lo que se dicen apenas si tiene sentido; es más bien una especie de murmullo propio de los enamorados, algo como el canto apagado de las golondrinas en la estación en que construyen sus nidos. Es un tejido infantil de incoherencias y repeticiones. No, apenas si tiene sentido aquello, como no sea el de lo más sublime que hay en el mundo, el de lo más profundo y verdadero que

es posible expresar con palabras terrestres... Lo que se cuentan no quiere decir nada, pero es el himno eterno y maravilloso para el cual, únicamente, ha sido creado el lenguaje de los hombres y de los irracionales, y al lado del cual todo es vacío y vanidad y miseria.

Reina un calor asfixiante en el fondo de aquella garganta encajonada en la profundidad del valle; á pesar de la sombra de los castaños, los rayos de sol tamizados por entre las hojas, abrasaban. Y la tierra desnuda, de color de sanguinaria, y la vejez extrema de la casa vecina, y la antigüedad de los árboles, les dan á los alrededores, mientras los novios conversan, un aspecto un tanto áspero y hostil.

Nunca había visto Ramuncho á su amiguita tan encendida por el sol; en sus mejillas arde la hermosa sangre roja, á flor de la piel mate, fina y transparente, sonrosada toda ella como las flores de digital.

Moscas y mosquitos zumban en sus oídos. Uno de éstos ha picado á Graciosa en lo alto de la barba, casi en la boca, y ella intenta, para aliviar el escozor de la picadura, pasar la punta de la lengua por el sitio herido, arañarlo y morderlo con sus dientecillos. Ramuncho, que mira de cerca, demasiado cerca, se siente presa de una languidez súbita, y para disimularlo,

estira violentamente los brazos como si se des-
perezara.

La niña insiste en su empeño porque el escozor
va en aumento; y Ramuncho, de nuevo estira
los brazos echando el dorso hacia atrás.

— ¿Pero qué haces, Ramuncho por qué te
estiras así, como un gato?

Á la tercera vez que Graciosa se muerde en la
parte picada, mostrando otra vez el extremo
puntiagudo de la lengua, Ramuncho se inclina,
vencido por irresistible vértigo, y muerde
también el fresco labio, suavemente, como se
hincan los dientes en un fruto rojo con el temor
de lastimarlo.

Se hace un silencio de delicia y de espanto,
durante el cual uno y otro se estremecen,
ella tanto como él; ella temblando de pies á
cabeza después de sentir en sus labios el con-
tacto del naciente y negro bozo.

— ¿Estás incomodada? Dilo.

— No, Ramuncho mío, no estoy incomodada,
no...

Entonces, olvidados de todo, embargados por
aquel aire lánguido y caluroso, se prodigan, por
primera vez en su vida, los largos besos de los
amantes...

XVII

Á la mañana siguiente, domingo, habían ido
religiosamente todos juntos á oír una de las
misas de madrugada para poder volver el
mismo día á Etchezar, después del gran partido
de pelota. La vuelta, más que el juego, intere-
saba á Graciosa y á Ramuncho, pues tenían la
esperanza de que Paquita y su madre se queda-
ran en Erribiague, y ellos se marcharían enton-
ces el uno junto al otro, bajo la vigilancia
indulgente y ligera de Arrakoa; cinco ó seis
horas de viaje los tres solos, por los primaverales
camino bajo las frondas nuevas, con deliciosas
paradas en aldeas desconocidas.

Desde las once de la mañana de aquel her-
moso domingo se llenaron las cercanías del
frontón de montañeses, bajados de las cumbres
para asistir á la fiesta desde los más agrestes
caseríos de los contornos. Se jugaba un partido
internacional: tres jugadores de Francia contra
tres de España, y en el público predominaban
los vascos españoles; aquí y allá veíanse de vez
en cuando algún sombrero ancho y trajes y
polainas de los tiempos antiguos.

Con ceremoniosa cortesía se saludaron los
jueces de ambas naciones designados por la

suerte y se empeñó el partido en medio del mayor silencio, bajo un sol agobiador que abrumaba á los jugadores, á pesar de la boina echada sobre los ojos á modo de visera.

Ramuncho primero y luego Arrakoa, fueron aclamados como triunfadores. Y todos miraban también á las dos jóvenes forasteras, tan atentas á la lucha, en primera fila, tan bellas con sus elegantes marineras color de rosa y se decía de boca en boca : « Son las novias de los dos hermosos jugadores. » Y Graciosa, que lo escuchaba todo, se sentía orgullosa de su prometido.

Evan las doce. Estaban jugando desde hacía una hora. El antiguo paredón, con su remate redondeado á manera de cúpula, se resquebrajaba de sequedad y de calor bajo su capa de ocre amarillento. Los grandes macizos pirenaicos, más próximos aún que en Etchezar, más altos y abrumadores, dominaban por todas partes aquellos diminutos grupos de hombres reunidos en un repliegue profundo de los flancos de la cordillera. El sol caía á plomo sobre las toscas boinas, sobre las cabezas desnudas de las mujeres, enardeciendo los cerebros y exaltando el entusiasmo popular. La multitud apasionada voceaba y la pelota volaba aún por los aires, cuando se dejó oír dulcemente el *Angelus*. Entonces un anciano, lleno de costurones, enne-

grecido, que esperaba esta señal, embocó su clarín — su antiguo clarín de los zuavos de África — y tocó « á los campos ». Se vió entonces levantarse á todas las mujeres de sus asientos, las boinas cayeron de las cabezas, dejando al descubierto cabellos negros, rubios ó blancos, y el pueblo entero se santiguó, mientras los jugadores, con el pecho y la frente cubiertos de sudor, inmóviles en lo más reñido de la pelea, permanecían con piadoso recogimiento y la cabeza inclinada hacia el suelo...

Cuando daban las dos, el partido habiendo terminado gloriosamente para los franceses, Arrakoa y Ramuncho subieron á su cochecillo, en medio de las aclamaciones de todos los jóvenes de Eribiague; Graciosa ocupó su asiento entre los dos y emprendieron su larga y encantadora jornada, con los bolsillos repletos del dinero que acababan de ganar, ebrios de alegría, de ruido y de sol.

Y Ramuncho, que guardaba en sus labios todavía el sabor de los besos de la víspera, habría querido, al partir, gritarles á todos : « Esta mozueta que veis, tan hermosa, es para mí. ¡ Sus labios son para mí; los tuve ayer entre los míos y esta noche los volveré á tener ! »

Marcharon y pronto encontraron nuevamente el silencio en los valles umbrosos, tapizados de digitales y helechos...

Rodar horas y horas por las estrechas sendas de los Pirineos, cambiar de sitio casi todos los días, recorrer el país vasco en todos sentidos, ir de un pueblo á otro, aquí para una fiesta, allá para una aventura en la frontera, tal era al presente la vida de Ramuncho, la vida errante á que le obligaban el juego de pelota durante el día y el contrabando por la noche.

¡Cuántas subidas y bajadas en medio del monótono esplendor de la vegetación lozana...! ¡Qué de bosques de encinas y de hayas, casi vírgenes, intactos é inmutables, como en la tranquilidad de los siglos olvidados...!

Cuando pasaban por alguna antigua mansión, perdida entre aquellas soledades de árboles, acortaban el paso para contemplarla y describían encima de la puerta, la tradicional inscripción grabada en el granito : « ¡ Ave María ! En el año 1600, ó en el 1500, un Fulano de tal, de éste ó el otro pueblo, mandó construir esta casa para vivir con doña Mengana, su esposa. »

Muy lejos de toda morada de hombres, en un rincón de la cuenca por donde iban, donde el calor subía de punto, encontraron, al abrigo de los vientos, á un vendedor de imágenes que se enjugaba la frente. Había dejado en el suelo el cestaño lleno de aquellas estampas de santos y santas pintarrajeados, con sus marcos dorados, y sus leyendas en eúskaro, de las que gustan

tanto los vascongados para adornar las blancas paredes de sus habitaciones. Estaba allí aquel hombre agotado de fatiga y de calor, como varado entre los helechos, en el recodo de uno de esos angostos senderos de la montaña que serpean bajo las encinas.

Graciosa quiso bajar del coche y comprar una virgen.

— Para ponerla, dijo á Ramuncho — más tarde, en *nuestra casa*, como recuerdo...

Y la imagen, brillante entre su marco de oro, se fué con ellos bajo las largas bóvedas verdes.

Dieron un rodeo porque querían pasar por el valle de los Cerezos, no con la esperanza de encontrar cerezas en Abril, sino para enseñarle á Graciosa este sitio, muy renombrado en todo el país vasco.

Eran cerca de las cinco y el sol iba declinando cuando llegaron allí. Sobre la región umbrosa y en calma, iba pronto á difundirse el crepúsculo de primavera acariciando la magnificencia de los follajes de Abril. El aire se sentía suave y fresco, embalsamado por el olor del heno, por el perfume de las acacias. Las montañas muy altas, sobre todo hacia el Norte, dulcificando el clima, rodeaban este lugar por todas partes, vertían sobre él el misterio melancólico de los edenes cerrados.

Fué una grata sorpresa cuando encontraron los cerezos : ¡ estaban rojos ya, á 20 de Abril!

No había nadie por estos caminos, sobre los cuales tendían los grandes cerezos como una techumbre sus ramas tachonadas de perlas de coral.

Aquí y allá, únicamente, veíanse esparcidas algunas casas de verano todavía inhabitadas, algunos jardines abandonados é invadidos por las altas hierbas y los rosales silvestres.

Pusieron al caballo al paso, y los tres á la vez, abandonando las riendas y sosteniéndose de pie en el coche, se entretuvieron en comer cerezas cogidas de los árboles, al pasar, sin detenerse.

Después colocaron ramitos rojos en sus ojales y cogieron ramas con sus frutos colgantes para decorar la cabeza del caballo, los arneses y el farol : se hubiera creído un cochecillo aderezado para una fiesta de la juventud y de la alegría...

— Démonos prisa ahora — dijo Graciosa ; — que esté bastante claro aún cuando lleguemos á Etchezar para que la gente nos vea pasar adornados como vamos.

En cuanto á Ramuncho, al acercarse el crepúsculo suave y tibio, pensaba en la cita de la noche, en el beso que hoy se renovaríase semejante al de la víspera, aprisionando otra vez los labios de Graciosa entre sus labios, como una cereza encarnada...

XVIII

¡ Mayo ! Brota la hierba, se yergue por todas partes formando suntuoso tapiz, como terciopelo de larga seda surgiendo de la tierra.

Para irrigar la región vasca, que permanece todo el estío húmeda y verde como una especie de Bretaña más cálida, las brumas errantes sobre el Cantábrico se convocan y aglomeran en el fondo del golfo, se detienen en las cimas pirenaicas y se deshacen en lluvia. Y caen largos chaparrones que refrescan el ambiente y tras de los cuales la tierra se cubre de flores y se percibe el olor á heno nuevo.

Á lo largo de los caminos se espesan prematuramente zarzas y matorrales ; los senderos están como mullidos de gramas tupidas y lozanas ; por todas partes lucen en profusión magníficas margaritas gigantes, el botón de oro de alto tallo, la esparceta de flores rosadas y las malvarrosas, anchas como las de la primavera argelina.

En los largos crepúsculos, dulces y tibios,

de pálido frisado ó de matiz azul ceniciento, las campanas, al caer de la tarde, convocan al Mes de María, difundiendo su voz bajo la masa de nubes engarzadas á las pendientes de los montes, flotantes en sus picos como banderas.

Durante el mes de Mayo, Graciosa iba á la iglesia á todas horas, puede decirse, con las monjitas de los hábitos negros y del discreto y de las risas triviales é inanimadas. Apresurando el paso cuando las sorprendía en la calle el aguacero, atravesaban el camposanto lleno de rosas, juntas, siempre juntas, la novia que ocultaba sus amores, con sus trajes claros y alegres, y las religiosas arrebujaadas en sus largos velos de luto; de día llevaban ramilletes de flores blancas, de margaritas, haces inmensos de grandes azucenas; al anochecer iban al templo á cantar en la nave, más sonora aún que por la mañana, los cánticos dulcemente jubilosos á la Virgen María...

« ¡ Venid y vamos todos !... ¡ Salve, Reina de los Ángeles !... ¡ Estrella de los mares... Salve ! »

¡ Qué arrobadora la blancura de las azucenas iluminadas por los cirios, con sus blancos pétalos y sus martilletes amarillos de polvo de oro ! ¡ Qué bien huelen en los jardines ó en la iglesia durante los crepúsculos primaverales... !

En cuanto entraba Graciosa en la iglesia al

anochecer, al moribundo son de las campanas — yendo de la penumbra del cementerio cuajado de flores á la noche estrellada de cirios que reinaba en el templo, y del olor del heno y de las rosas al del incienso y los grandes lirios cortados y frescos, pasando del aire tibio y lleno de vida de fuera al ambiente frío, pesado y sepulcral que los siglos acumulan en los antiguos santuarios — se apoderaba de su alma súbitamente una serenidad reposada, un apaciguamiento de todos los deseos, que era como el renunciar á todas sus alegrías terrestres. Y después, ya arrodillada, cuando en la nave de infinitas sonoridades se dilataban los primeros cánticos, sentíase poseída del éxtasis, en un estado de ensueño lleno de visiones, donde columbraba en confusa aparición blancos fantasmas é imaginarias figuras que desfilaban ante ella; blancura y nada más que blancura por todas partes; azucenas, miriadas de azucenas en haces y ramos, blancas alas, trémulos aleteos de ángeles...

¡ Qué delicia permanecer así indefinidamente, olvidarlo todo, sentirse pura, santificada y sin mácula, bajo aquella mirada de fascinación inefable y dulce, bajo aquella mirada de irresistible ascendiente que vertía desde lo alto del tabernáculo la santa Virgen, la de flotantes vestiduras blancas !...

Pero cuando salía del templo y la noche primaveral la envolvía de nuevo en sus efluvios enervantes y en sus hálitos de vida, el recuerdo de la cita prometida la víspera, ayer como hoy y como todos los días, barría como un viento de tempestad las piadosas visiones extáticas. Esperando el suave contacto de Ramuncho, el olor de sus cabellos, el roce de su bozo, el sabor de sus labios, sentíase pronta á desfallecer, á rendirse como herida en medio de las amigas singulares que la llevaban consigo, de las apacibles y espectrales monjitas negras.

Y al llegar la hora, á pesar de todas sus resoluciones, estaba allí ansiosa y febril, acechando el más leve ruido de pasos, latiéndole el corazón si se movía una rama del jardín en el silencio de la noche, torturada por el más pequeño retraso del bien amado.

Llegaba él siempre con cauteloso andar, como un merodeador nocturno, la chaqueta al hombro, con tantas precauciones y ardidés como para el más peligroso contrabando.

En las noches lluviosas, tan frecuentes durante las primaveras de Vizcaya, Graciosa se quedaba en su cuarto del piso bajo, y él se sentaba en el alféizar de la abierta ventana, no intentando entrar y sin permiso para hacerlo. Y allí permanecían, ella dentro, fuera él, pero

uno al lado del otro, con los brazos entrelazados, cabeza con cabeza, y las mejillas juntas en largo y dulcísimo contacto.

Cuando la noche era propicia, Graciosa saltaba por esta ventana baja para esperarle en el jardín, y entonces, sentados en un banco, dejaban pasar las horas, muy cerca el uno del otro, casi sin hablar. No había entre ellos los continuos cuchicheos en voz baja tan frecuentes en los novios; no, permanecían más bien silenciosos.

Al principio no se atrevían á decirse nada por miedo de que les descubrieran, pues los menores murmullos se dejan percibir en la noche. Y luego, mientras nada nuevo amenazara su vida, que así transcurría feliz, ¿qué necesidad tenían de hablarse, qué hubieran podido expresar que valiese tanto como el contacto de sus manos unidas y de sus cabezas, apoyadas la una en la otra?

La posibilidad de ser sorprendidos tenía los frecuentemente con el oído en acecho, en un sobresalto que hacía más deliciosos después los momentos en que se abandonaban á la confianza renovada...

Á nadie temían tanto, por lo demás, como á Arrakoa, cauteloso noctámbulo como era, amigo de aventuras también y siempre al corriente de las idas y venidas de Ramun-

cho... Á pesar de la indulgencia con que veía sus proyectos, ¿qué haría si llegase á descubrirles...?

¡Oh, cuán hermosos los antiguos bancos de piedra, bajo las ramas, ante las puertas de las casas solitarias, cuando cierran las noches tibias y perfumadas de primavera...! El que ellos ocupaban era un verdadero escondrijo del amor y aun les brindaba todas las noches, desde el morir de la tarde, una dulce música que cantaban entre los agujeros de la pared vecina aquellas pequeñas ranas del mediodía que desde el caer de la tarde entonan á cada minuto una nota breve, clara, sonora, con vibraciones de cristal y gargantas como de niño. Se produciría algo semejante á este sonido tocando aquí y allá, sin apoyar ni tener nunca la nota, en el teclado de un órgano celestial. Había ranillas de aquellas por todas partes y se contestaban las unas á las otras en tonos diferentes; bajo el banco mismo de los amantes, muy cerca de ellos, se dejaba escuchar de vez en cuando aquel cántico cristalino; y el sonido brusco y tierno, tan próximo, hacía estremecer y sonreír de placer á Graciosa y á Ramuncho. Toda la deliciosa obscuridad de los alrededores compartía la animación de aquella música que se propagaba allá lejos, entre el misterio de las hojas y de las piedras, en el fondo de los

diminutos agujeros negros de las rocas y de los muros; el melodioso conjunto semejaba el repiquetear de un campanario en minia tura ó más bien una especie de concierto tenue algo burlón — ¡oh! pero muy poco burlón y sin malicia alguna — entonado tímidamente por inofensivos gnomos. Y aquello hacía la noche más palpitante de vida y más propicia á los encantos del amor...

Después de los audaces arrebatos de los primeros días, el temor se había apoderado más y más de ellos, y cuando uno de los dos tenía algo importante que decir al otro, le cogía de la mano y le guiaba sin hablarle, lo que significaba que era preciso andar suave, muy suavemente, como los gatos en acecho hasta una calle de árboles detrás de la casa, donde podían hablar sin miedo alguno.

— ¿Dónde iremos á vivir, Graciosa? — preguntábale Ramuncho una noche.

— Pues... en tu casa; así lo he pensado, al menos.

— Sí, sí; también yo pensaba lo mismo, pero temía que pudieras afligirte al verte tan lejos de la parroquia y de la plaza.

— Estando contigo no hay nada triste.

— Entonces despediremos á los que viven en el piso bajo y será para nosotros el cuarto grande que da á la calle de Hasparitz...

Y para él era una alegría más la de saber que Graciosa aceptaba su casa, seguro de que la joven reanimaría con el prestigio de su presencia la antigua casa tan amada, convertida entonces por ellos en nido de sus amores para toda su vida.

XIX

Ya vienen los largos crepúsculos pálidos de Junio, un poco velados como los de Mayo; menos inciertos, sin embargo, y más calurosos. En los jardines, los laureles-rosas, que empiezan á florecer con profusión, se convierten en ramilletes de magníficos tintes. Al caer el día, la gente del campo descansa de sus labores sentándose al aire delante de las puertas, para ver venir la noche, la noche que esfuma y confunde los grupos bajo las bóvedas de los plátanos. Una melancolía plácida y tranquila se difunde sobre la aldea durante aquellos interminables atardeceres...

Para Ramuncho es la época en que el contrabando se convierte en oficio casi exento de fatigas y lleno de impresiones encantadas. Trepár hasta las cimas de los montes entre las nubes primaverales; franquear hoyadas; errar por las regiones de las fuentes y de las higueras bravas; dormir, para esperar la hora convenida con los carabineros cómplices, sobre una alfombra de mentas y claveles... no era ningún trabajo á la verdad... El perfume de las plantas

impregnaba sus ropas, su chaqueta, que no se ponía nunca y que sólo le servía de almohada ó de cobertor. Algunas veces le decía Graciosa á la hora de la cita : « Ya sé que estuvisteis anoche de contrabando porque hueles á la menta del monte que está encima de Mendiazpi »; ó bien : « Tienes el olor de los ajenjos de la marisma de Suberno ».

Ella, Graciosa, echaba de menos por su parte el mes de Mayo, los cultos á la Virgen en la nave adornada con flores blancas. En los crepúsculos no lluviosos iba á sentarse, con las hermanas y algunas colegialas de las más grandes, en el pórtico de la iglesia, junto á las tapias bajas del cementerio, desde donde la vista se sumerge en los valles profundos. Y allí pasaban el tiempo conversando ó divirtiéndose con juegos infantiles, á los cuales las monjas se prestan siempre de tan buena gana.

Cuando no hablaban ni jugaban, había extrañas y largas meditaciones; meditaciones á las que daban el declinar del día y la proximidad de la iglesia y de las tumbas y de sus flores, una serenidad muy remota de las cosas terrenas y como exenta de todo lazo con los sentidos. En sus primeros éxtasis místicos de niña, inspirados por los ritos pomposos del culto, por las voces del órgano, los ramos de flores blancas y las mil llamas de los cirios, se le apa-

recían solamente imágenes, imágenes muy radiantes, altares flotando entre nubes, tabernáculos de oro donde vibraban músicas ó en que venían á posar su vuelo grandes bandadas de ángeles. Pero estas visiones cedían ahora el campo á las ideas : columbraba la paz y la suprema abdicación de todo, que da la certidumbre de una vida celestial nunca agotada; concebía de modo más elevado que antes la melancólica alegría de abandonar cuanto existe y alenta para no ser sino un algo impenesal en el coro de monjas blancas, azules ó negras que desde los innumerables conventos del mundo elevan al cielo una inmensa y perpetua plegaria por los pecados del mundo...

Sin embargo, en cuanto la noche caía, el curso de sus pensamientos volvía fatalmente hacia las cosas embriagadoras y mortales. La espera, la febril espera comenzaba, creciendo sin cesar y se hacía de minuto en minuto más impaciente. Parecíale que sus impasibles compañeras de velo negro tardaban en volver al sepulcro de su convento; quería estar sola en su cuarto, libre al fin en la casa dormida, pronta á abrir su ventana para espiar el leve ruido de los pasos de Ramuncho.

El beso de amantes, aquel beso en los labios, era ahora cosa habitual y que no habrían tenido

fuerzas para negarse. Y lo prolongaban mucho, no queriendo ninguno de los dos, por escrúpulo ó por delicado pudor, interrumpirlo para renovararlo otra vez.

Por otra parte, si aquella embriaguez que compartían tenía algo de carnal, había entre los dos aquella efusión absoluta, infinita, única, que eleva y purifica todas las cosas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XX

Ramuncho había acudido aquella noche más temprano que de costumbre y con mayores precauciones al andar y al escalar el jardín, pues había el riesgo en las noches de Junio de encontrarse por los caminos con muchachas que iban tarde á casa, ó con mozos ocultos tras de los vallados en devaneos amorosos.

Y, por casualidad, ella estaba ya sola en su cuarto, mirando hacia afuera, aunque no le esperaba sin embargo.

En seguida observó Graciosa el aire de agitación y regocijo de Ramuncho y adivinó lo que pasaba. No atreviéndose á acercarse demasiado, le hizo una seña el muchacho á su novia para que viniese pronto, salvando la ventana, hacia la obscura avenida del jardín, donde hablaban sin temor alguno. Cuando estuvo cerca de él, á la sombra nocturna de los árboles, la cogió por el talle y la anunció bruscamente esta gran noticia que desde la mañana trastornaba su cabeza y la de Franchita, su madre.

— ¡ Ha escrito el tío Ignacio !

— ¿ De veras ? ¡ El tío Ignacio !...